

INTERVIEW CON MARAT

Por las *Cartas infernales* del redactor de *La Voz Montañesa*, no ignoraba yo que *Nicanora* había sido para dicho escritor algo así como *los polvos de la madre Celestina*, puesto que fué á todas partes en alas de aquella modista. Telegrafí á Pepe Extrañi :

« Mándame á *Nicanora*. »

Y habiendo accedido á mis deseos, hice en ancas de la niña una ascensión aérea.

No encontré á Marat en el infierno, donde le suponía, sino en el cielo y á la diestra de Dios Padre Todopoderoso. Estaba como si tal cosa; tan raquítrico como en sus mejores tiempos, con el mismo colorcillo de ala de mosca y el mugriento pañuelo, que le da trazas de aragonés, brutalmente anudado en la frente.

— ¿El señor Marat?...

— Servidor de usted.

INTERVIEW CON MARAT

271

— Muy señor mío. Yo soy...

— Sí, ya sé. Hace tiempo que le esperaba, porque usted merece ser guillotinado.

— ¡*Don Marat!*... ¡Esas palabras...!

— Son sinceras... Usted me ha ofendido muchas veces, sin perdón de ese señor (señalando á Dios); porque, en fin, si usted se hubiera limitado á leer un Quinet, un Thiers ó un Lamartine, *ese* jilguero de la Revolución... Pero usted ha leído á Blanc, si no me equivoco, y Blanc es el verdadero historiador de mi tragedia...

— ¿Y qué?

— Que bastardeando la historia y, lo que es más grave, falseando los sentimientos de usted, me ha injuriado gravemente y dispensádome un odio que no merezco.

— ¿Odio? no, señor. Pena, pena muy grande; porque usted vivió, como un buitre entre los despojos de la muerte, tirando de un carro de la Funeraria. ¡En presencia de ese arrastre de guillotinos, yo le tengo á usted mucha lástima, señor Marat!...

— Crea usted que me tiene sin cuidado la compasión de usted y la de la humanidad. Á Blanc me remito : el que se atreva á censurarme, censúreme; el que se atreva á aplaudirme, apláudame...

— Y bien, señor Marat. No he venido á discutir nada de eso. He venido, ó me ha traído esta bestia (señalando á Nicanora), para conocer, si se digna responderme, la opinión de usted acerca de esta temporada anarquista.

— ¿Cree usted que soy un Lombroso ó un Garófalo y me dejo tomar el pelo?... Yo soy quien soy : *Marat*...

— Ya lo sé; pero usted será una persona bien educada, aunque sea en el cielo, y tendrá la bondad de darme su opinión sobre la temporada anarquista.

— Temporada... *de verano*, dirá usted; durará poco.

— ¿Lo cree usted así?

— ¡Qué duda cabe! La sociedad, *eso* que llaman ustedes máquina social, tiene suficientes fuerzas dentro de su propio organismo, que es egoísta, para reprimir atentados parciales, explosiones de bombas que vienen á ser fuegos fatuos del cementerio de los vivos.

— Al hablar así, olvida usted las salvajes energías de Ravachol...

— ¿Ravachol? ¡Un mentecato!

— ... la astucia diabólica de Pini.

— ¿Pini? ¡Otro mentecato!

— ¡Para usted, es tonto todo el mundo!

— Todo el mundo, no; todo aquel que se propone mejorar la condición del hombre.

— En este caso, y con arreglo á tal criterio, usted es el primero de nuestros mentecatos, porque usted fué un Ravachol anticipado, ganoso de regar con sangre, para que fructificase en provecho del pueblo, la tierra de promisión.

— ¡Qué disparate! Ravachol, Pini, Biscuit, todos esos caballeritos son fanáticos de una idea, místicos que hacen explosión, creyentes, *convencidos*; mientras que yo no tuve más que una idea, una creencia, un convencimiento, un amor, el amor de mis amores : ¡la guillotina!... Con razón dice Zola que esos anarquistas son poetas; poetas, sí, de capirote. Cuando yo pedí ochenta mil cabezas y deseé con Claudio que tuviera una sola la humanidad para guillotinarla de un solo tajo, no pensé poco ni mucho en mejorar la vida social. Obedecí á las exigencias de mi temperamento (eso lo primero) y después á la convicción profunda, profundísima, de que ni hay esperanza de redimir la especie humana, ni lo merece la especie. Mi evangelio predicó el aniquilamiento, la vuelta al caos primitivo, el regreso á la *nada*, de donde jamás debió salir una especie que es más dañina que la del lobo y más ingrata y traidora que la del tigre...

— De modo que el trabajo por el mejoramiento social es, según usted, trabajo perdido.

— Absolutamente. ¿Qué queda, si no, de la gran revolución francesa? ¡Palabras y palabras!... Los burgueses de hoy son los aristócratas de antaño. Si no se falta á la ley, se la *interpreta* ó *misticifica*, que es igual. Las mismas tiranías, idénticas esclavitudes; derechos y deberes distribuidos injusta y odiosamente; los mismos privilegios de antes, iguales monopolios, con otros nombres, con collares distintos. Sentí vergüenza, ya que no pena ni sorpresa, cuando leí en *El Liberal* que los mayordomos de las fábricas de Cataluña ejercen bonitamente el derecho de pernada. La hembra tiene allí que prostituirse para asegurar el salario del obrero, y el obrero está más contento que unas pascuas cuando le cuentan que su mujer es la concubina del fabricante. ¡Y para ver tal situación, armamos la gran revolución! Ja, ja... Si los anarquistas *subieran*, harían lo mismo que los otros, con más grosería, porque debe ser horrible é inaguantable el despotismo de la alpargata... Pero cuente usted que ni el bombardeo de los anarquistas moverá la hoja en el árbol, ni el aleteo de la musa de los poetas cuando alza el vuelo con rumbo al corazón. Unos y otros no son más que ilusos, visionarios, perseguidores de una

misma utopía, acariciada por éstos en un sueño hermoso, esperada por aquéllos en una pesadilla horrenda; y la humanidad, con los ojos bien abiertos, la humanidad sin nervosismos de damisela y sin epilepcias de monstruo, seguirá riéndose del sueño de los poetas y de la pesadilla de los energúmenos. Hay dos clases de anarquistas: los que encienden bombas en la calle, y los que las dejan apagarse en el corazón. Éstos son los grandes escépticos, despreciadores de la vida, que no vale la pena de poner bombas con buen fin... aquéllos viven estallando de cólera; éstos vegetan en medio de un desprecio inofensivo hacia todas las cosas, entre cenizas de la ira, que tomó forma de tristeza infinita. ¡Todos *lilas!* ¡Todos risibles!...

— Tristes son las ideas de usted, señor *de Marat*. Por fortuna, no abundan en ellas los Bakou-nine, Marx, Tolstoi, Krapotkine....

— Déjeme usted de cuentos y Krapotkines. El mal radica en la sangre; ¡y la sangre humana es muy mala!...

— Hay, pues, que desechar la idea de que la familia puede constituirse en falansterio, familia comunista, tal como fueron las primitivas tribus, según cuenta Spéncer, y la idea de que, al modificarse el hombre, se modifiquen también los animales, el clima, el planeta todo, que vendría

á ser un *Dorado*, una *Jauja*, una fonda enorme !...

— Sí, empedrada de besugos, según han dicho Fourier y Osorio y Gallardo. ¡Qué cosas! La humanidad es y será la eterna infame, engendradora de timadores y timados...

— ¿Pero no tiene usted fe en que llegue un primero de mayo esplendoroso, pletórico de libertad, igualdad y fraternidad?...

— ¡Quite usted! Yo no creo en mayo, ni en junio, ni en nada... Ese primero de mayo verá usted que será, á poco andar, una fecha lúgubre para los mismos obreros... ¿Quiere usted saber lo que conseguirán? Que la reacción contra los míseros de nacimiento ó por fatalismos de la suerte sea más espantosa todavía. Los obreros llegarán á ser de peor condición que las bestias. Se comerán los unos á los otros, beberán hiel y vinagre; no tendrán hogar propio, ni mujeres, ni hijos, y, azotados por el knout de los burgueses vencedores, irán á rastras, besando la tierra, con la cerviz inclinada como coyunda bovina, á cavar con sus propias manos la sepultura de sus guñapos... Destruyase, sí, pero por gusto, sin esperar redenciones, por odio y no por amor al género humano. Ésa es la fija.

Los ojos de Marat echaban lumbre como los de

los *clowns* Bibb y Bobb... Nicanora, asustadísima, meneaba la grupa...

— Oye, vámonos de aquí, me dijo. Este tío está guillado.

Y presentándome las ancas para que hiciera el viaje, me restituyó á este planeta miserable.

POESÍA PASTORIL

Es la hora del crepúsculo vespertino: ni de día ni de noche; vamos, á medias tintas ó á medios pelos la naturaleza. El cielo es un claro oscuro muy grande, y sobre el campo va cayendo una escarcha de sombras. Voltea gritando la campana de la iglesia, ladra alguno que otro perro, relincha alguno que otro caballo, y camino del templo van hablando los labriegos.

El señor alcalde, en mangas de camisa y con calzón corto y ceñido, que no se ha mudado en todo el año, impide que se perturbe el orden de la grey apostólica, imponiéndole respeto con una vara de fresno, mientras la alcaldesa aprovecha la ausencia de la autoridad, y al pie mismo del pozo repite con el boticario del pueblo la escena de la Cava y don Rodrigo, cuando el Tajo sacó el pecho afuera.

Zumban abejorros; arrástranse hasta sus cuevas culebras y lagartijas; rebuzna voluptuosamente el macho porque al lado suyo pasa la hembra; revuélcanse de gusto los cerdos; barbariza, patán en su asno, el sarnoso arriero; y el señor alcalde, después de ver desfilar al último miembro del rebaño, se pone como diz que se puso Sancho, con gran contentamiento de las gallinas, que dejan de beber en las charcas de la calle para tener la honra y el sibaritismo de cenarse parte de la autoridad del pueblo.

Día de mucho jolgorio en la comarca. Ya ha terminado la ceremonia religiosa. El Padre Soldado, cura coloradote como rábano y cebado como capón, se despide de su parroquia presentándole, para que los llene, dos bolsones que parecen dos banastas. Este feligrés suelta dos libretas y varias barras de chocolate de Matías López; aquél deja el mejor pavipollo del corral; esta feligresa regala gallinas y huevos, y esotra le dice sonriendo que no le da nada allí (porque se lo ha dejado en casa), pero que se lo dará de noche; y á tiempo que sale del fondo de los bolsones un griterío de gallinas, que se confunde con las postreras campanadas de la iglesia, y se exhala un fuerte olor á chocolate, que va á mezclarse con el del incienso elevado á Dios, el

monago, estirando humildemente el cepillo, pide metálico para la patrona del pueblo, y el ama del cura, presentando el desvencijado y sucio azafate, pide también para las ánimas benditas.

Buena cena (¡buena!) en casa de don Simplicio. Dorotea, su mujer legítima, de legítimo matrimonio, guisa desde el alba en obsequio de los comensales; y aunque con constipado, que la tiene todo el día sopla que te sopla y escupe que te escupe, ha hecho caprichitos de dulce y unas albondiguillas que están pidiendo bocados. Hay también su poquito de magras con tomate, y humeante sobre la mesa un monumental y riquísimo puchero, con azafrán á puñados que da gloria olerlo.

La casa de don Simplicio es de las mejorcitas, si no la mejor del pueblo. El vestíbulo tiene cara de prendería, según está de cacharros que cuelgan de las paredes. En la sala pueden correr burros, según es de grande. Hay en ella varios cuadros: un retrato del rey, que está muy propio, y un crucifijo que tiene uno de los brazos roto y pendiente de un hilo. Desde la sala se alcanza á ver el corral con los mozos de labranza y las gallinas, que picotean en el fango.

Hay motivo para estar satisfecho de esta pieza.

Pues nada digo del gabinete, con otro crucifijo de madera y los retratos de toda la familia de don Simplicio. El mejor mueble es la cama, de palo santo, muy limpita, aunque con cierto tufillo conyugal. La salita tiene balcón con vistas al campo. Por la mañana da gusto estar allí, viendo cómo saltan los gorriones en la carretera, y cómo se meten en los agujeros de la pared una porción de moscardones. Cuando don Simplicio no se distrae mirándolos, se pone en sitio desde donde puede ver, sin ser visto, los amores de las tórtolas.

— Estos bichos, dice á Dorotea, son de lo que no hay, de limpios y curiosos.

El macho empieza á hacer cosquillas en el cuello de la hembra. Ésta se resiste, porque es honesta, y además bien ve que no va con buen fin; pero él es tenaz y continúa el cosquilleo por todo lo alto, de arriba abajo. Ella esponja el plumaje, baja la cabecita, le tiemblan las piernas...

— ¡Ya!... exclama don Simplicio con la boca abierta.

¡Con qué entusiasmo lo describía él, que había sido poeta en sus buenos tiempos, y con qué erotismo lo pintaba en presencia de sus comensales y de los restos de la cena brutalmente amontonados sobre la mesa de pintado pino! Y á Doro-

tea se le caía la baba, del color de la sandía, que había sido postre, y se la esponjaba el refajo amarillo y rojo como nuestra bandera.

Habíanse apurado algunos cuartillos de vino, y se soltaban á hablar las lenguas... La verdad es que se decían disparates atroces.

Dorotea, que sabía tirar la piedra y esconder la mano, apuntaba chismes y cuentos bien que curándose en salud.

— Pero á mí, decía, á mí no me va ni me viene en nada de esto, y no me gusta meterme en vidas ajenas.

Demasiado conocía ella si hacía blanco, y cuando levantaba en vilo al paciente y éste se retorció de rabia, decíale ella con beatitud:

— Pero á mí, ¿qué me cuenta usted? yo no me meto en eso; allá ustedes. Ni se vuelva tonto ideando quién me lo ha dicho, que es el que menos se figura usted.

Don Simplicio, que se moría de ganas de ser alcalde, hacía rajas de la primera autoridad del pueblo. « Siempre entre chorizos y cerdos; ¡qué brutazo! Tiene ojos en la cara, y no ve tres sobre un borrico, ni á su mujer con el boticario. Para lo único que vale es para dárselas de mandón con la infeliz maestra de escuela. »

— No, pues lo que es la maestra, interrumpió

doña Regina, tampoco se porta como es debido. En su casa hay misterio... no lo duden ustedes. Todavía está de huéspedesa esa chica que tiene los ojazos tan verdes... Dicen que es casada, pero ¡quiá! á mí no me la da nadie. La otra noche... verán ustedes, la otra noche, cuando más llovía, llegó en el tren correo un joven que tiene facha de extranjero. Yo estaba en el puesto de agua de la estación hablando con la Vicenta, que dice está hidrópica; pero ¡quiá! á mí no me la da nadie; lo que hay es que está de cinco meses lo menos; así Dios me salve. Pues, como iba diciendo, llegó el joven de la facha y se fué derecho al jefe de la estación, y le habló con unos modos y un aquel, que más parecía príncipe que persona, y ¡cátate lo que hizo el jefe! pues se quitó la gorra hasta los pies y luego llamó á un guarda-aguja para que acompañara al viajero. ¡Si estos señoritos tienen un poderío y hacen cada barbaridad!... Trapisonda tenemos, pensé yo, y según estaba agazapada detrás de la mata grande, me fui escurriendo hacia el campo sin perder de vista al joven, que maldito el caso que hacía de la luz del guarda-aguja, y como si pensara en todo menos en aquello que estaba haciendo, se metía hasta los tobillos en los baches y pantanos. Tiró por el atajo, llegó á la puerta de la

casa, y... ¡pues ni que le hubiera olido! ya estaba en la ventana esa rubilla con una candileja. La luz le dió de lleno en los ojos, de modo que, desde mi escondrijo, pude ver en la obscuridad aquellas pupilas tan verdes como las de un mochuelo. Él se coló de rondón, como Pedro por su casa, y yo me marché diciendo para mi sayo : « ¡Hum!... lo que es, aquí va á pasar algo. »

— Sí que se vendrá el mundo abajo, observó el maestro de escuela, que no había abierto la boca más que para cenar... como un maestro; sí que se vendrá el mundo abajo y tres más. La culpa la tiene el señor cura, que consiente marranas en la población. Pero, ya se ve, á ese canalla de Padre Soldado, en dejándole hacer mangas y capirotos de la alcaldesa, que no tiene bastante con su marido y el boticario, y sobar á las mozas buenas y revolver matrimonios, le importa un comino que se hunda el pueblo, y...

— ¡Chist!... exclamó Dorotea que, á pesar del vinillo, tenía buena la cabeza y barruntaba mal del giro de la conversación; ¡chist!... cada uno á su casa, yo á mi rosario, y Dios con todos.

Salieron... cuáles tambaleándose, cuáles fro-tándose los ojos, unos abriendo la boca y otros

apoyándose en sus varas, fueron perdiéndose en la obscuridad.

*
* *

Una hora después se oían sendos ronquidos y saltaban las pulgas y corrían las chinches. El rebaño apostólico dormía á pierna suelta y roñosa, mientras de los corrales, que hacían de retretes, y de las rendijas de las casas, iban saliendo olores á perro, á macho cabrío, á hombre, á cura párroco y á mujer puerca. Y cantó el sereno:

— ¡Las nueve y nublado!

LA CUARESMA EN EL CIELO

I

Don Simplicio había cometido un pecado terrible... La conciencia y el estómago de este bienaventurado reñían grandes batallas durante la cuaresma, porque él era católico á macha martillo, y además gastrónomo rabioso.

Después de oír misa en las Calatravas, don Simplicio volvía á su casa con el propósito de saborear un opíparo almuerzo de pescado. Aquella mañana vió, frente al hotel de las Cuatro Naciones, un hombre que llevaba una tabla sobre la cual se sostenía un crustáceo parecido á una langosta. Don Antonio, secretario del hotel, regateaba el precio. Había ofrecido seis duros...

— ¡Mire usted que seis duros por un *escribano* vivo! exclamó el vendedor. Para no hablar más, se le dejó á usted en ocho...

Á don Simplicio le bailaban los ojos. Hacía mu-

cho tiempo que tenía ganas de comerse un *escribano*. Le miró con ojos de borrego á medio morir, mientras le pasaba las manos por el carapacho, y, dando lo que le pedían, metióse el *escribano* en un bolsillo del gabán. Los bigotes del bicho quedaron fuera bailando una polka.

Cuando don Simplicio salió de las Calatravas « derechito á su casa », sita en la plaza de Oriente, arrimada al sol que más caliente, hubo de ocurrírsele, por mal de sus pecados, la idea de cruzar por la calle de Sevilla. Aquel gran derribo le ponía nervioso, afligiéndole su espíritu de buen católico. Miró tristemente las derruidas casas, *campos de soledad* para su seráfico espíritu, y bajó por la carrera de San Jerónimo, con la sana intención de seguir « derechito á su casa ». Pero se detuvo frente al *restaurant* Lhardy. Allí, en el escaparate, estaban expuestas unas salchichas trufadas, de Burdeos, ¡qué ricas! Don Simplicio tenía dos aspiraciones, únicas, exclusivas; á saber : oír diariamente una misa y tragarse todas las salchichas trufadas que pudiera. Jamás las vió él tan hermosas y bien olientes como aquéllas, y cuenta que las veía y olía de puertas afuera del *restaurant*. Él lo pensó mucho, y, venciendo la tentación, echó á correr sin volver la vista. Pero en la Puerta del Sol sintió un desvanecimiento. El pote, repleto de

sabroso embutido, no se le marchaba de la imaginación. Las mujeres que pasaban á su lado le olían á salchichas trufadas... y, dirigiéndose otra vez hacia el escaparate, se arrobó de nuevo en la contemplación de las salchichas.

— ¡Orgullosa! ¡Ni que llevaras de polisón la *Biblia* en verso de Carulla! exclamó un tertuliano de la acera del café Imperial, hablando con una chula que se balanceaba al andar como una paloma.

Volvió la cara el buen Simplicio para ver al deslenguado que profiriera tamaña irreverencia, cuando se dió de manos á boca con la chula...

— ¡No es mala ración de vista, mamarracho! dijo ella al paso.

Este descaro hirió en lo vivo á don Simplicio, decidiéndole á comprar el pecado, esto es, las salchichas. Como no quería dar mal ejemplo á su piadosa familia, se fué al retrete en llegando á su casa, y allí se puso de salchichas hasta que no le cogieron más. Entró después en el comedor, bendijo la mesa y se engulló el almuerzo de marisco.

Este enorme pecado se cometió á la una de la tarde. Á las dos, sintió don Simplicio el primer retortijón de un cólico *miserere*, y poco después era tan cadáver como el *escribano*.

No se le pudo cerrar bien la boca; y á su prole ó cría, que echaba sobre el *escribano* la culpa de

aquella muerte, pareciale que salían de los descoloridos labios del papá los bigotes del crustáceo bailando una polka...

II

Allá, en el cielo, echaban la casa por la ventana en honor de la Virgen... Había besamanos á primera hora, gran *menu* servido par Lhardy al caer de la tarde, y era mucha la algazara de los santos porque la Pasqua y Gayarre cantaban la *Favorita*. Era turno de moda, y muy grande la cola á la puerta del teatro. Daba la vez San José, que se había quedado el último (por bobo), y no esperaba ya conseguir localidad, porque los revendedores, que eran curas, pedían torres y montones por cada asiento de paraíso.

Don Simplicio, muy majo con el traje que le pusieron antes de enterrarle, llegó con su maleta á las puertas del cielo, en donde le esperaba Carulla, que había sido nombrado introductor de hombres buenos por aquello de haber puesto la *Biblia* en verso.

Cuando entraron en el salón del Trono, con el propósito de presentarse al Padre Eterno, desfilaron unas señoritas acompañadas de su mamá. Un ujier acababa de anunciarlas, gritando : « ¡Doña

Paca Castrillo con sus niñas!... » Y la Zoa, una de ellas, que era de la piel del diablo, le tiraba de los bigotes al ujier.

Carulla se aproximó al trono del Altísimo; y mirando á éste, al par que miraba á su amigo, los presentó así :

— El Padre Eterno... Mi amigo don Simplicio...

El Altísimo se dignó sonreír desde su elevado asiento, y dijo benévolamente :

— Acércate, mi buen Simplicio. Ya te conocía mucho de nombre...

Don Simplicio quedó prendado de este lenguaje y, á fuer de galante, le contestó con voz meliflua :

— ¡Yo también le conocía á usted de reputación!...

Ya en los pasillos, dijole Carulla :

— ¡Valiente plancha te has tirado!... ¿Qué dirá la Providencia?...

Cada uno de los salones del cielo semejaba un ascua de oro y luz. Las más extrañas melodías resonaban en aquel recinto, por cuyos artesonados techos se esparcía un suave olor á santidad y un color de rosa pálido, lila casi. La mesa, que estaba ya servida, era tan larga, que se perdía de vista. Don Simplicio estaba absorto, contemplando una larga hilera de *escribanos* y salchichas trufadas.

Vió al director de *El Siglo Futuro* que cogía puros habanos, y, no queriendo ser menos, se llenó á hurtadillas los bolsillos de *escribanos* y salchichas trufadas...

Las santas, encantadoras con vaporosos trajes de verano, le sonreían y hablaban de tú... Santa Tecla tocaba al piano música de *La Gran Via*, y á san Pascual Bailón se le iban los pies de puras ganas de bailar aquello de « Yo soy un baile de criadas y de horteras... » Algunas santas jugaban al *Tio-vivo*, y algunos santos gritaban : « ¡Mucho, mucho! » cuando se meneaba al desgaire, con indolencia sosa que gustaba, la Pino, una monísima rubia que hacía de *Calle de Sevilla*. Santa Úrsula y las once mil vírgenes no participaban de la fiesta, porque estaban ocupadas en comer pan de boda...

La escena le parecía cuento á don Simplicio, y, resuelto á salir de dudas, se fué derecho á *san Escalado*, que estaba allí á pesar de haber puesto verdes á los académicos, y le habló de esta manera :

— Oiga usted, amigo : estamos en cuaresma, si no miente el *Zaragozano* de Mariano Castillo, que compré (el almanaque) allá abajo por un perro grande... ¿Qué *juerga* es ésta?

Quedóse el ingenioso escritor mirando entre des-